

cantar sus glorias en estrofas que levantando su nombre, les hacía además aparecer ante aquel mundo como dioses cuyo nombre había de traspasar los umbrales del siglo.

Ahora se nos preguntará á qué esa divagación! ¿Qué va del poeta al filósofo y de los dos al tema de este artículo? ¿A qué inmiscuirse en reminiscencias que al parecer no tienen que ver nada con nuestra intención al trazar estas líneas? Sin embargo, no entraremos en más consideraciones pero no podemos abstenernos de mencionar esos dos personajes que si bien ya en este siglo más positivo poca importancia les conceden algunos, nosotros, si no los consideramos desde un punto de vista tan significativo por lo menos creemos que parte importante han tenido en lo que llamaremos cultura del mundo. Algunos declamadores todavía basan en la poesía el adelanto y progreso de las naciones. A eso no decimos oste ni moste. Creemos que en este siglo hay un problema difícil de resolver y es la generalización de la moral en las sociedades. El depuramiento de esta ciencia de todo lo que no sea real, de todo lo que no se someta á las leyes naturales, de todo lo que no caiga bajo el sentido de la observación. Eso de un lado, de otro, la fuerza que impele las naciones hacia el adelanto, es la escuela, digno estímulo de emperadores y monarcas. Y esa palanca levantará el mundo como dijo aquel antiguo sabio. Ese impulso dado á naciones como los EE. UU. es obra del trabajo. Allí ha triunfado la escuela. La transformación de la Europa antigua en la moderna se debe á ese factor importante. Y el trabajo ha sido capaz de asombrosas transformaciones. Omítemos hacer reseña de ellas, porque creemos que tales cosas están al alcance de todo hombre por poco ilustrado que sea. Eso depende del giro positivo que ha tomado la enseñanza. Se entiende que hablamos del método que habla á la inteligencia; que eleva el espíritu á las concepciones del arte, bello y grandioso ideal de imaginaciones bien cultivadas. Pedro el grande comprendió la importancia de la enseñanza manual positiva. Es claro que si cuando estuvo en la Holanda, se hubiera puesto á llamar á las musas ó á querer subir al Olimpo ó al Parnaso, Rusia no hubiera adquirido el brillo que obtuvo en aquella época. El progreso de Inglaterra tampoco ha venido cantado en rimas ó sonoras estrofas. Todo es obra del trabajo en su manifestación verdadera. Quién niega á Cervantes su mérito en cuanto á revolución social que hizo en el mundo? Y quién puede negar tampoco que cuando en España "se contaban hasta mil poetas en cada esquina", fué cuando tuvo la desdicha de perder sus dominios? Eso significa que el mundo camina, dejando á un lado po-

co á poco lo ideal, lo imaginario.

K. PUCHINO.

23 de Enero de 1890.

Colaboración.

La Ventura.

A juzgar por el título parece que se trata en esta narración de alguna dueña de hostería ó fonda, que es á veces el fondeadero de muchos pícaros calaveras, de distintas clases sociales para instalar corrillos, parrandas y cafés con sus doncellas de rebozo, ó de alguna cortesana, bella moza, mandarina de una casita aparente y artísticamente preparada, dispuesta con cierto gusto y fantasía del siglo, cortinajes de damasco "blanco y colorado" indicando liberalismo—para recibir y acariciar los niños mimados del dios Cupido, alumbrado en la noche por una lámpara de color que da una luz serena y tenue ó cierto resplandor opaco para apagar un tanto las miradas de cualquier curioso que clave sus pupilas en el ojo de la cerradura, el tinte rojo que los espejos de la sala refractaran de las figuras variadas y animadas del interior de la alcoba llena de exquisitos perfumes. Pero ese nombre propio de mujer no es el de una dama que se parezca á cosa semejante de los anteriores tipos, sino un nombre supuesto que tomo por pie como símbolo de la felicidad personal y concreta, no de mi excelente figura, que se encuentra por cierto en el polo opuesto al de la hermosura física, sino de una excelencia femenil que tiene en sus manos la clave del idealismo, el material con que los poetas hacen sus cuerdas de oro para cantar y que encierra en sus ojos el fuego, el poderío de los talleres donde las herreras ó mecánicas de Venus fabrican el poderoso imán, blanco en donde Cupido descarga continuamente sus saetas venenosas.

Aquella ventura ó felicidad se posa en un mecanismo maravilloso que ocupa la atención de los pollos pedantes del día, de chaleco blanco y tirolé de bolero, que pasan echando espuma aristocrática, mamándose un trabuco habano, y ¡qué diantrel de los viejos y hasta de los que portan traje oscuro, símbolo de tiniebla ó nube de tempestades de esas que cubrían el cielo de la edad de oro y todavía, pero más debilmente al influjo de la civilización, el cielo de los tiempos modernos. A ese mecanismo compuesto de dos partes disuntas, pero relativamente unidas por un lazo orgánico y otro espiritual por decirlo así, es al que se refiere mi intitulada "La Ventura", el cual compone una pollita, una andaluza costarricense que tiene en sus labios la miel que forma el rico tesoro de las mansas abejas, en sus ojos el vapor de la locomotora n.º 30 y en sus formas físicas el buril de los artistas griegos, ostentando en todo su conjunto la coquetería de una blanca tortolita chúcará.

Julia se llama ella según las aguas del santo bautismo. Sus ricas, encantadoras gracias la acusan, y al momento la sacarán los que apagan su sed amorosa en la fuente de su camino femenil, lleno de jovialidad, entre los cuales no me cuento yo, porque detestara contarme y más ser el primero, sino porque mi tipo, raro por sus líneas que se encuentran grabadas en la cara de un chino, no guardan simetría con las que forman su semblante gentil, y además porque no poseo una de esas ánforas que los indios de la conquista depositaban dentro de unas cuantas capas de tierra, cuyo contenido ya saben ustedes que trueca á un zapatero en rey y á un mozo de cordel en marqués, duque, barón, ó milord.

Su tipo se sacará, pues, como sacar un viernes de cuaresma por el día de la víspera, ó á un cura por la corona ó el balandrán. Y ya que por estos lados asoma algo de funciones eclesiásticas, diré que esa Julietita mimada de la fortuna, reina de la gracia y de la sal, es amigueta del olor que despiden el incienso ó mirra, siendo su placer favorito escuchar confusos latinajes con la mirada fija sobre el misal romano y adormirse al son armonioso y suave del órgano conventual, para experimentar trasportes á la celestial bíblica esfera en alas purísimas de ángel. Pero parece que cuando á esas almas partidarias como Julia, de esos trasportes les llega el delicioso turno que se verifica todos los días después de los tres tiempos de digestión, ella, la andalucita, hace de capitana, distinguiéndose de sus místicas compañeras por unas alas más grandes, un vestido purpurino adornado con hilos de oro en las mangas y en el cuello, un collar de perlas de Ofir y una corona de brillantes, portando una espada que chispea como la estrella Sirio, con cuyas hirientes hojas cuando hace su entrada, con su batallón de compañeras, en el celeste imperio, no de los chinos, sino de San Pedro y sus sucesores, intimida á las deidades hembras que hacen la delicia de los celestiales varones, tomando ella con orgullo el poderío de esas bellas damas.

Pero dejemos las alturas y bajemos al dominio de la tierra. Esta linda zagalá, ó paloma de castilla, se ha extraviado porque esa no es la vía que le corresponde. Los dioses de aquí abajo están resentidos de su conducta.

Julia es el tipo aparente para brillar en los salones donde retoza el espíritu liberal, el fuego de la franqueza quemante y de la chanza caballeresca. Ella sería la dama simpática objeto de la conversación y blanco de las miradas de todos los pollos del día, pero de esos fecundos de palabras agudas, vigorosas y llenas de eferescencia, los cuales tipos, caras de pascua, son por instinto el ruido y humor de las tertulias y cafés. Pero esta damita tiene tanto salero, que ha nacido para derramar el torrente de sus gracias naturales; más que en estas tertulias criollas, en los salones madrileños y en los cafés cantantes donde no hay duda saldría electa capitana de la sal por mayoría de votos.

Tiene además de semblante gentil y saleroso un carácter jovial, que la hace simpática á todo el mundo.

Los que de una cuadra la ven y más si no la conocen, dan un salto para atrás, como si de improviso sintieran un fuerte disparo de rifle y simultáneamente fueran cegados por la luz repentina de un polvorín.

Habla más con los ojos que con los labios: en ellos tiene un gran depósito de elocuencia que arde como una llama y saca el alma de sus casillas, haciéndola girar en torno de su semblante, como palomilla al rededor de una vela.

Pero, en honor á la verdad, estas naturalezas son peligrosas, pues llegan á familiarizarse tanto con homenajes y pretendientes, que terminan por hacer lo del mendigo, á quien un rico en el día de su santo, por pura gracia, le puso á elegir en una urna de alhajas la que quisiera como regalo, y después de trascurrir varias horas sin decidirse, concluyó por escoger la peor. Esto no obstante puedo asegurar que la dama, Julia, objeto de esta simarrona historia, será una excepción de esa regla, pues en esa naturaleza vigorosa é inteligente asoma un centro moral bastante cultivado, que la aleja completamente del grupo de esas coquetas por afectación ó naturalismo, cuyo ideal es tener un inmenso concurso de adora-

dores á sus pies, dándole cuerda á todos y no correspondiendo á ninguno; concluyendo por elegir, en caso, de que el huésped les abra sus puertas al que tenga oro, con el que contraen el santo matrimonio más que con su dueño, prefiriendo un hogar rico de pompa, pero humilde de ideales y de encantos.

Según lo que Fray Pedro, autor de esta leyenda, ha podido notar, por haberse penetrado bien del carácter y modo de ser de la andaluza Julia, ni ésta, ni sus allegadas por consanguinidad, de la misma casa, son de esas niñas de Eva que poseen además de h-convoy, castizamente taller donde tienen muy buenos condimentos de sátira picante, un utensilio pequeño, de hojas filosas atracadas por un tornillo, de forma puntiaguda, muy común en los sastres y costureras, que tiene la semejanza de una boquilla estirada; burlesca y que lo emplean, tanto para la vida privada de la costura como para la vida pública, pero con más habilidad en ésta que en aquella, para la que se prestan con la mayor buena voluntad, pues experimentan sensaciones muy agradables haciendo un chaleco de la cara de cualquier hijo de Adán que haya tenido la desgracia de caerles antipático.

Pero, según la ley de Venus, no es este el sistema para atraerse simpatías y admiradores, si no por el contrario, para alejarlos y hacerse acreedoras al título exclusivamente de propiedad de ciertas hijas de Eva, que violando aquellas prescripciones y abriendo de par en par las puertas de la voluptuosidad, se ajustan resuelta y abiertamente á las del código rojo.

Calculen, pues, las bellas y honorables damas si el recalcitrante y puntiagudo título de *tijeras* les corresponde no habiéndose conspirado contra las prescripciones del código blanco.

Tocante un punto de fisiología, comparando el pasado con el presente respectó á Julia, se ve que en su período de transición de la adolescencia á la pubertad, la naturaleza ha operado en ella una metamorfosis completa, derramándole á manos llenas un tesoro de gracias y de encantos, pues sus facciones han cambiado de una manera asombrosa; por lo que se deduce que no había querido otorgarle al principio lo que le ha brindado en su feliz desarrollo. Tocante otro punto, de genealogía, la familia de que ella se origina es considerada como nobiliaria, mas no conozco su origen, ni puedo certificar si ese concepto en que se le tiene sea debido á méritos personales adquiridos de alguna época no muy lejana á la presente, ó á pergaminos de nobleza antiguos que por ser añejos la civilización condena por ser herencia del mismo molde que el ingenio de Cervantes fundió expresamente para sacar los tipos ridículos y lastimosos que debían agujonear la imaginación calenturienta de "los caballeros andantes de capa y espada". Mas sea de esto lo que fuere, la cuestión es que la entidad femenil á que me refiero abriga más que nobleza de pergamino, si acaso lo tiene, una nobleza de alma que aparejada á su carácter liviano, arrogante y jovial hacen de ella, Julia, un tipo raro é interesante.

Pero dejando á un lado las circunstancias particulares y privadas de la vida interior de esa polla arrogante y simpática si un tribunal español la examinara opinaría á ojo cerrado que esa naturaleza femenil de carácter original, distinguida con el nombre propio de Julia es una *andaluza costarricense*.

FRAY PEDRO.

Tip Nacional.